

# Contra el poder, ser no siendo

José María Berro

Sindicalista

La tendencia a la justificación es poderosa, lo que cuesta es enfrentarse a la realidad. La realidad nos persigue pero buscamos mil subterfugios para huir de ella, para crearnos nuestra propia película y nuestra propia imagen. Estamos tan acostumbrados al zapping, al cambio de canal, que utilizamos una técnica similar en nuestra vida real. Estoy muriéndome, pero con sólo apretar un botón la película cambia, es otra.

Sin embargo, la realidad es terca y está ahí pese a que nos empeñemos en no querer verla. En el plano de lo social esa realidad se plantea como un aumento ingente del poder o, lo que es lo mismo, como una cuasidesaparición de lo social, como una derrota total, profunda y a la que no se le ve salida.

*Una derrota total:* en todos los terrenos

- En el de las conquistas, los derechos y los niveles de decisión y reparto. Caminamos a una sociedad cada vez más injusta, con mayor desigualdad y más víctimas. Todas las muchas posibilidades que se han desarrollado no lo han hecho en la di-

rección de la igualdad y la justicia, sino en la del crecimiento de la desigualdad y el Poder; y esto condiciona el desarrollo de las posibilidades venideras.

- En el más grave de las posiciones desde las que poder recuperar los terrenos perdidos o hacer frente a las nuevas agresiones. Cada día estamos en una situación mayor debilidad social. Los métodos de dominación han aumentado mucho, mientras que mucho han retrocedido nuestros métodos de presión y lucha.
- En el todavía más grave del sujeto que pueda intentarlo:
  - No es que se haya roto la unidad de clase y haya desaparecido esa clase, es que no existen trabajadores. El trabajador ha pasado de estar obligado a vender su fuerza de trabajo a estar comprado en todo su ser.
  - No es que no exista sociedad activa, es que no existen personas, ciudadanos sujetos de derechos y deberes, desde los que reconstruirla.
  - No existe nada socialmente significativo más que el Poder, necesario, indiscutible y

reinante. Incluso los conflictos existentes en nuestra sociedad son casi siempre conflictos entre poderes, a los que la sociedad asiste como espectadora.

- No estamos perdiendo una batalla, estamos perdiendo la guerra.

*Una derrota profunda.* No es sólo la derrota de lo social como uno de los aspectos parciales de la marcha de la humanidad. Para los que lo vivimos en lo social esa derrota se nos muestra en lo social, pero para los que vivan en otros campos del ser y quieran verlo, creo que pueden apreciar signos similares, sea en el campo antropológico, religioso, filosófico, educativo... En todos ellos creo que puede anunciarse esa mayor profundidad de la derrota.

- La derrota sobre el dueto voluntad/libertad como elemento constitutivo del individuo humano. El crecimiento ingente del Poder y su desproporción y descompensación con respecto a las posibilidades individuales, hacen más difícil, si no imposible el ejercicio de la libertad/voluntad.

- La derrota de toda centralidad y, con ella, de toda posibilidad de proyecto, a manos de la parcialidad y el inmediatismo.
- La derrota de toda trascendencia (no sólo espiritual), en cuanto capacidad de ir más allá, de oponerse al reduccionismo de personas y cosas en aras del economicismo, y el empobrecimiento de la traducción en dinero. El proceso ha ido de la espiritualidad al materialismo, y de éste a la pseudoespiritualidad de la economía reducida a dinero. La economía y el progreso constituyen una religión y nos exige una auténtica *fé*.

Y es una derrota sin salida. Ningún dato, ningún indicio hay de que esto vaya a cambiar, y muchos —casi todos— de que va a seguir y se va a profundizar. Algunas religiones y tradiciones anuncian el final de los tiempos como una época de declive, confusión e inversión total. Desde la experiencia militante se puede sentir una identificación con esas descripciones fruto de la revelación o la intuición y ver en la actual derrota una fase de ese final. Esa derrota no se presenta con carácter histórico y reversible, sino con ese carácter cósmico, inapelable y terminal.

Ciertamente podemos agarrarnos a que nuestra capacidad de análisis no tiene fiabilidad total y a que siempre cabe la sorpresa y lo imprevisto. Así es, pero evidentemente no podemos hablar más que de lo que vemos y la práctica totalidad de los signos apuntan a esa profundización sistemática de la derrota. Además, lo imprevisto, lo que escape a esa sistematicidad, puede ocurrir en la dirección de variarla abriendo puertas a la esperanza o en la más probable de acelerar su dinámica en una forma catastrófica.

Pero aun admitiendo la realidad tal cual es no nos es difícil encon-

trar razones que nos disculpen y nos justifiquen:

Siempre son otros los culpables de la situación en que nos encontramos: el capital y los capitalistas, los dirigentes políticos, la dejación de la pseudoizquierda, el sindicalismo entreguista, etc. Nosotros siempre estamos disculpados, siempre hemos defendido las posturas adecuadas y con el tiempo nos hemos venido cargando de razón; una razón tan estéril como nuestra muy adecuada actuación.

Por otra parte, aun siendo plenamente conscientes de la influencia de lo social en lo personal y de que la actual situación social produce un individuo roto, parcial, insolidario y sometido, tampoco eso va con nosotros: nosotros somos anarquistas unos, cristianos otros, marxistas auténticos los de más allá, y por ende, todos, anticapitalistas, coherentes, solidarios, antichoque, sumergibles etc.

Pero ni disculpas ni justificaciones nos prestan gran ayuda. Al contrario, descargándonos de culpa y culpabilizando a otros nos inutilizamos para el porvenir: si hasta ahora hemos actuado bien y los resultados han sido estos, está claro que poco tenemos que hacer en el futuro, seguir actuando igual de bien y obteniendo similares resultados. Algo similar ocurre con nuestras justificaciones, con nuestras correspondientes etiquetas con sus adornos correspondientes que nos colocan por encima del común de los mortales, pero que nos encierran en nuestros ghettos particulares, dificultando las posibilidades de una actuación social. Descargarnos de culpa es asumir que las cosas ni dependieron ni van a depender de nosotros, lo que equivale a instalarnos en la impotencia, que es una forma de aceptación del sistema.

El sentido de la impotencia ligado a un nivel de vida más que suficiente, que no apremia, nos va llevando a la pasividad, a la ausen-

cia de reacción, a soportar cada día mayores irregularidades e injusticias. Como lo que hacemos no sirve para nada, tampoco merece la pena esforzarse demasiado en el intento. Lo justo y rutinario para mantener nuestra etiqueta, para reafirmarnos en eso que decimos que «somos».

Cada día hay más distancia entre lo que somos y lo que hacemos, se extiende una especie de «cinismo» social característico del descreimiento, que también a nosotros nos afecta en profundidad. Ni las ideas ni las creencias provocan convicción y arrastran a comportamientos, se reducen a una especie de pseudoespiritualismo intimista que no implica, convirtiéndose así en indiferentes, por lo menos socialmente. Cuanto más el componente utópico se separa de la realidad, más libremente puede volar y autoafirmarse, y esa autoafirmación reafirmada acaba convirtiéndose en una traba para el acercamiento a la realidad, su tendencia es al internismo, a encerrarse en el grupo afín o la comunidad, pero cada día menos predispuesta a salir al exterior y enfrentarse a la realidad.

Esta escisión es una de las formas en que el deterioro social se transforma en deterioro personal. Quisiéramos (si los demás nos siguieran, si se consiguiese algo, si...), pero (en realidad) no queremos; haríamos... pero no hacemos. La «maldad» del sistema, con la que convivimos, cala en nuestro interior: nuestras actuaciones, comportamientos, actitudes, hábitos, etc. acaban siendo definidos por lo que hacemos y no por lo que decimos que somos.

Nuestros comportamientos se han acomodado mucho y las disculpas y justificaciones ayudan a esa acomodación, mientras que lo que tenemos que hacer es exactamente lo contrario, desarrollar todos los elementos que nos ayuden a ese no acomodo y que hagan

más hincapié en todo lo que se refiere a la actuación que en lo que se refiere a lo que decimos ser.

Pasa esta recuperación, a mi entender, por asumir un cierto grado de culpabilidad en el actual estado de cosas y una cierta desazón respecto a nosotros mismos. Tenemos nuestra parte de culpa en cada una de las injusticias, grandes o pequeñas, que se van instalando a nuestro alrededor y con las que nuestras disculpas nos ayudan a convivir. La tendencia a la comodidad y la pasividad es característica del satisfecho, mientras que el insatisfecho busca cambiar las cosas. Nosotros, socialmente, no tenemos muchos motivos para sentirnos satisfechos.

Pasa por ser terriblemente críticos con nuestra actuación pasada. Algo hemos hecho mal o de forma insuficiente para que los resultados sean los que son. Hay que romper la tendencia a ser críticos con los demás y complacientes con nosotros mismos, pues nos ancla en la pasividad. Al contrario lo primero es cuestionarse a uno mismo, luego a las opciones con las que nos identificamos, y sólo en última instancia, y de forma diferente, se puede ser crítico con las opciones ajenas.

Pasa por poner el acento no en lo que somos (que no pasa de ser habitualmente más que lo que decimos que somos) sino en lo que hacemos. El sistema, la situación existente y el que las cosas continúen con marcha similar a la que hoy tienen no necesitan de nuestro apoyo, les basta con nuestra pasividad y es eso lo que fomentan. Intentar romper siempre la

pasividad, la nuestra en primer lugar y después la de los demás, es hoy más importante que todas las definiciones.

Para conseguir lo anterior es importante que nuestra actuación no esté permanentemente pagando peajes a nuestras creencias y a nuestras ideologías; en la situación



actual eso castra toda posibilidad de actuación. La actuación, con todas las limitaciones que hoy padece, tiene sus propias exigencias, sin poder pretender actuaciones brillantes y redondas. Hay que hacer lo que hay que hacer y lo que se puede hacer, con quién y cómo se puede. Y esa actuación nos rompe un poquito, nos estropea la imagen y nos lleva a estar insatisfechos, pero esa insatisfacción nos debe servir para actuar un poco más, no para renunciar a hacerlo.

Pasa por agarrarse a lo concreto, a cada cosa y a cada situación, empezando por las más cercanas y sin renunciar a las más generales. No basta con ser profundamente antisistema si eso no se traduce en alguna pelea concreta aunque sea pobre y parcial y no vaya a cambiar de golpe las cosas. Lo utópico, la confrontación global con lo existente, hoy no tiene base social que lo sustente y queda en no-confrontación, en discrepancia no operante; es necesario abrir puer-

tas y eso sólo se consigue con las confrontaciones reales. Esa actuación parcial y pobre nos deja manchados, pero, para eso estamos.

Pasa por salir de nosotros mismos, de nuestros entornos afines en los que habitualmente nos sentimos cómodos. El objetivo es que nada nos encierre. El grupo afin

no puede convertirse en objetivo ni generar dinámicas hacia dentro y esa es la dinámica tentadora: grupo muy cerrado, muy fuerte en la definición propia, que atrapa y sectariza, que genera mayor identificación y enganche en la medida que sectariza y aleja de lo diferente. La dinámica tiene que ser

exactamente la contraria, el grupo afin debe de ser un acicate para salir de él, aunque corra con ello el riesgo de perderse.

Pasa por no buscar refugios en los campos que nos son más propicios y gratificantes (el grupo propio, la tarea cultural, el avance personal), dejando libre al poder otros campos más cruciales en el establecimiento de relaciones sociales y la capacidad de decisión. Estas no son el resultado de los razonamientos sino de la presencia, las posiciones y la actuación de los agentes sociales, y es ahí donde deben incidir nuestras preocupaciones y tareas.

En definitiva, supone una renuncia a las seguridades individuales y colectivas, a los elementos del ser y de pertenencia, aceptando las intemperies en que nos encontramos y en las que hay que desenvolverse, aceptando el carácter provisional, parcial y limitado de nuestras posibilidades de actuación.